

## “Se Necesitan...” Abuelos de virtud

Por: Esteban Cobb



La noche parpadeaba de estrellitas y el restaurante zumbó de conversación alegre. Por tercera vez en menos de un año y medio, Helen y yo nos encontramos felizmente sentados en una cena de gran trascendencia para nuestra familia. Fue la cena del ensayo de bodas de nuestro hijo mayor, el tercero en casarse de nuestros cuatro hijos. El salón vibraba de la risa y conversación gozosa de los veintiséis familiares nuestros y los de “Crissy”, la novia radiante de Felipe.

“Tin, tin, tin, sonaba el vaso de brindis contra la cuchara que anunciaba el momento más especial. Por tercera vez en solo catorce meses, vi a mi padrastro de 76 años de edad, con toda su dignidad y cordialidad, ponerse de pie e impartir su *bendición patriarcal* a mi familia y al matrimonio de mi hijo.

Aunque sus palabras fueron muy amenas, bien preparadas e inspiradas, no fue tanto sus palabras que trajo aquella bendición de *legado perdurable* sobre nosotros, sino la *virtud* e integridad de su propia vida espiritual y la relación que él había fomentado con nosotros a través de los años, lo que hizo el impacto tan memorable. El había luchado con Dios y había prevalecido y todos éramos testigos de su *virtud*. El amor que dejaba en nuestros corazones sería una huella imborrable que Dios honraría en los años por venir.

Mis suegros también, “Mamá y Papá” Whitten, son *abuelos virtuosos* en su año cincuenta y nueve de devoción el uno al otro y a su Señor Jesucristo. También imparten su *legado de virtud* y amor, que hoy influye en las decisiones diarias de nuestros hijos.

Aunque los ojos de “Papá” ya no ven por una enfermedad desde hace cuatro años, me dijo que ha leído la Biblia últimamente más que cuando gozaba de la vista, a causa de la facilidad de escucharlo por casét. Su abuelo también había caminado con Dios, creciendo en su fe hasta el día de su graduación eterna, igual que su papá y sus dos hermanos. Su hermano mayor, Pablo, Doctor en ingeniería nuclear, ha caminado con Dios desde su niñez, creciendo en su fe hasta el día de hoy y celebró este año sesenta y un años de matrimonio con su esposa.

Sentí que Dios me habló en esta ocasión diciéndome: “Esteban, esto es como restauro la sociedad, impartiendo *legados perdurables* por medio de *abuelos de virtud*.”

Me hizo acordar de la vida de Jacob en el libro de Génesis, cuando al final de su vida llamó a sus hijos para impartirles su *herencia espiritual*, profetizando sobre sus hijos y sobre sus nietos.

En sus años tempranos Jacob era engañador, manipulando a los demás para su propia ganancia. Pero la Palabra de Dios le confrontó y al fin Jacob luchó con Jehová, para asirse de la bendición del corazón transformado que su Creador quería darle. Y ganó. El Señor cambió el nombre de Jacob (que quiere decir “engañador”) a Israel – “*príncipe con Dios*”. Jacob recibió de Jehová una *nueva identidad personal*, tal como nosotros cuando nacemos de nuevo.

Jacob ya no se veía a sí mismo en el espejo de su pasado, sino por medio de los ojos de su Padre celestial – que le veía como un “*príncipe*”. Desde entonces Jacob aprendió a caminar con Dios en la oración y creció en su fe y amistad con su Creador. Pasó muchas pruebas duras durante los siguientes ochenta y siete años, pero caminó con Dios de tal manera que cuando llegó al punto más importante de su vida, el de impartir una *herencia espiritual* a sus hijos y sus nietos, estuvo

llo de la *virtud espiritual* necesaria para hacerlo. Jacob había pagado el precio para adquirir esa virtud, fortaleciéndose diariamente en la Palabra del Señor para decir “no” a sus propias tendencias carnales, y “sí” a la voluntad de Dios. Su corazón llegó a ser tan lleno del conocimiento de Su voluntad, que no pudo hacer otra cosa que desbordarse en profecía poética trascendental sobre cada uno de sus hijos y sus nietos, el último día de sus 147 años.

Cuando José llevó sus dos hijos Manasés y Efraín a recibir la bendición de su abuelito, Jacob cruzó sus manos poniendo la mano derecha sobre la cabeza de Efraín, el menor, dando mayor bendición a él que a Manasés. José quiso corregir a su papá, pero Jacob le aseguró que lo hacía a propósito, porque, siendo un *abuelo que caminaba con Dios y oraba por sus hijos y por sus nietos*, estuvo convencido de lo que Dios quería hacer en sus vidas. La bendición que impartió Jacob fue tan sustancial que el nombre “Efraín” llegó a ser una manera especial para bendecir a otros, diciendo: “*¡Hágate Dios como a Efraín!*”, y se convirtió en símbolo profético del pueblo de Dios.



¿Cuántos hijos tienes tú? ¿Tres o cuatro? Y ¿Cuántos años tienen ellos? ¿15, 13 y 11? Si es así, de aquí a unos 30 a 40 años, tú también tendrás la dicha de estar sentado en una cena de valor trascendental para tu familia. Tú serás uno de los patriarcas de tu familia en la cena de bodas de uno de tus nietos. ¿Habrás pagado el costo en búsqueda diaria de Dios, acumulando la *virtud espiritual* en oración y estudio, negándote a ti mismo, diciendo “no” a tus tendencias carnales y “sí” a Dios, para poder transmitir a tu familia ese *legado espiritual perdurable* de un *abuelo virtuoso*, lo que establece a tu familia y a tu nación?

Es solamente por medio de luchar, esforzándonos a aprender los caminos del Señor, estudiando las Escrituras para nosotros mismos, que Su gracia maravillosa se aumenta en nuestras vidas, formando en nosotros esa *virtud celestial* que nadie nos puede quitar. Solo tú puedes traspasar esta bendición a tus hijos y tus nietos. Nadie más lo puede hacer por ti. Tus hijos verán que aún en tu vejez sigues creciendo espiritualmente. Sigues aprendiendo más y más de Dios. Serás un modelo para ellos. Y cuando hayas entrado en tu galardón eterno, ellos todavía estarán pensando en ti, diciendo “no” a sus tentaciones carnales, porque *quieren ser como su abuelito*.



¡Sí, cuesta! Cuesta amar y tomar nuestra cruz, aprendiendo a orar como Jesús y tener comunión con Él en Su palabra cada día. Es el único camino a la vida abundante en Dios. Y es el único camino que vale la pena. Vale la pena tomar la decisión diaria a orar, dar de nosotros mismos y estudiar las Escrituras para no perder esa oportunidad de propósito singular en nuestra vida.

“Dios moldea a este mundo mediante la oración. Las oraciones son *imperecederas*. Los labios que las pronunciaron pueden quedar silenciados por la muerte, el corazón de donde brotaron puede haber dejado de latir, pero las oraciones *viven* ante Dios, y el corazón de Dios está puesto en ellas. Las oraciones *sobreviven* a las vidas de los que las pronunciaron; sobreviven a una generación, a una edad, y a un mundo. ... El que ora de verdad está haciendo el favor más grande a la generación venidera. Las oraciones de los que oran conforme a la instrucción de Jesús, fortalecen a la generación naciente contra las olas devastadoras del pecado y la maldad. ... Dichosos aquellos cuyos padres y madres les han legado una herencia y patrimonio de oración. (E.M. Bounds, *El Propósito de la Oración*, 1896, pg.299)